

¡Venga Tu Reino!

©COPY RIGHT

Todos los derechos reservados

Centro de Promoción Integral, A.C.

www.demisiones.com

Devociones populares y tradiciones de la Semana Santa

Domingo de Ramos: Procesión de las palmas

La procesión de las palmas se hace con el fin de conmemorar la entrada triunfante de Cristo a Jerusalén. Invitar a todas las personas para que participen y que traigan unas ramitas o palmas para que las bendiga el sacerdote.

Informar a las personas que esta celebración nos enseña que la muerte en la Cruz que tuvo que sufrir Jesús es el camino del triunfo, ya que por medio de ella, Él destruyó la muerte y venció el mal. El Domingo de Ramos es el día que se manifestó Jesús como el Mesías enviado por Dios a su pueblo para que lo liberará.

Decir a las personas que al tomar el ramo con nuestras manos, nos estamos poniendo del lado de Cristo para imitarlo en todo. Y que para poderlo imitar tenemos que estar dispuestos a servir a los demás, a amar a todas las personas, a ayudar a los que tienen necesidad, ser solidarios con los que sufren. Su camino debe ser nuestro camino, su entrega debe ser nuestra entrega.

Ver la Guía del Misionero.

Lunes, Martes, Miércoles y Sábado Santo: Rosario

Rezar el rosario con todo el pueblo, de preferencia hacerlo caminando por las calles y con cantos entre cada misterio.

Es muy importante recalcar que el rosario es ante todo un método de oración que sirve para contemplar los misterios de la vida del Señor Jesús. El rezo del rosario consiste en una mirada a los principales hechos salvíficos de la vida de Cristo, desde la concepción virginal hasta los momentos culminantes de su pasión, muerte y resurrección. El rosario nos invita a acercarnos a los misterios de Cristo, viéndolos a través del Corazón de Aquella que estuvo más cerca de Él. Aquí radica la riqueza y la profundidad de esta sencilla oración, apta para el alma que desea descansar de los afanes del día en un diálogo íntimo y sencillo con María y también para la que ansía crecer en el conocimiento íntimo de Cristo, de la mano de la Santísima Virgen. El santo rosario, además, se convierte en las manos de un apóstol en una poderosísima arma espiritual con la que, por mediación de la Virgen, la gracia de Dios abre brecha en los corazones más endurecidos y en las sociedades más alejadas de la fe.

El rosario se debe rezar según lo indica la **Guía del Misionero, ahí también se sugieren las canciones que se pueden cantar al rezar el rosario.**

Jueves Santo:

Ver la Guía del Misionero.

Lavatorio de los pies

Invitar a todas las personas a participar y recordarles el gesto real de la humildad de Jesús que lavó los pies de sus discípulos antes de la Última Cena.

Con este gesto Cristo nos enseña que para poder tener parte con Él es necesario estar limpios. Lavar los pies es signo de la purificación interior que debemos tener para poder recibir la Eucaristía, para poder participar en la mesa del Señor.

Él lava los pies a los discípulos: si Él nos fuera el que los lavara y purificara, nosotros no seríamos capaces de hacerlo.

Es necesario que nosotros dejemos que Él nos lave los pies. El que se resiste no entra en el Reino de los Cielos. Más este **“dejarle hacer”**, debe nacer del interior del hombre. Judas se dejó lavar los pies, pero su interior estaba lejos de Jesús.

Este lavatorio es un gesto de amor porque nos ama hasta el extremo y nos quiere puros. Su amor le hace levantarse de la mesa, quitarse el manto y tomar los instrumentos necesarios. En este acto nos está diciendo: *“Soy Yo quien tiene la iniciativa de salvación, los veo necesitados de la salvación y ustedes quizás ni cuenta se han dado de sus carencias”*.

El sacerdote en cada comunidad actualiza el gesto de Cristo como señal de amor a los hermanos y lava los pies a doce personas.

La visita a los monumentos

Existe la costumbre de visitar los altares o monumentos para acompañar espiritualmente a Jesús antes de ser hecho prisionero en el Huerto de los Olivos, padecer y morir.

Terminada la **“cena del Señor”**, como se le conoce a la Misa del Jueves Santo, se coloca el Santísimo en un altar previamente preparado, llamado **“monumento”** y allí postrados de rodillas se adora a Jesucristo.

Tener a Jesucristo eucaristía en el monumento y visitarle durante toda la noche y hasta el día siguiente antes de los actos litúrgicos del viernes Santo, significa que estamos respondiendo a la llamada que hizo a sus discípulos en Getsemaní: *“Triste está mi alma hasta la muerte. Quedáos y velad conmigo”* (Mt. 26, 38).

Es costumbre orar por los sacerdotes en esta noche.

Adoración del Santísimo Sacramento del Altar

Organizar una hora eucarística para los misioneros según la metodología del Movimiento y tener adoración del Santísimo Sacramento toda la noche ofreciéndola por las vocaciones.

Viernes Santo:

Ver la Guía del Misionero.

El Vía Crucis

Rezar un Vía Crucis viviente según lo indica la **Guía del Misionero**.

El Vía Crucis es recorrer junto a nuestro Señor Jesucristo su camino a la crucifixión a lo largo de 14 estaciones llamadas la vía dolorosa. En él se nos ofrecen además modelos que nos enseñan a vivir cada día la Pasión de Jesús como itinerario hacia la resurrección.

El primer ejemplo lo constituye **Simón de Cirene**, que *“venía del campo y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús”*. No es relevante sólo el hecho de llevar la cruz. Muchísimas personas sufren dramáticamente en el mundo: cada pueblo, cada familia tiene sobre sus propias espaldas dolores que llevar. Lo que da la plenitud de significado a la cruz es llevarla detrás de Jesús, no en un camino de angustiada soledad o rebelión, sino en un camino sostenido y vivificado por la presencia divina del Señor.

El segundo ejemplo nos lo da la gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por Jesús. No basta compartir con palabras compasivas o lágrimas; es necesario tomar conciencia de la propia responsabilidad en el drama del dolor, especialmente en el del inocente. Esto induce a asumir la parte propia para dar una contribución eficaz en el alivio.

Las palabras de Jesús no dan pie a estériles sentimentalismos, sino que invitan a una lectura realista de la historia de cada individuo y de las comunidades. *“Si en el leño verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?”* (Lc. 23, 31).

Si el inocente por excelencia es dañado de esta forma, ¿qué sucederá a quién es responsable del mal que se realiza en la historia de los individuos y de las naciones ?.

Que el doloroso camino de Jesús, el Vía Crucis, sea para nosotros una preciosa llamada a reconocer el valor de nuestro sufrimiento diario; una enseñanza que no se esquite con pretextos oportunistas o inútiles excusas; un estímulo a hacer de él, por el contrario, un don a Aquel que nos ha amado, con la certeza de que así se establece una nueva cultura del amor y se colabora a la acción divina de la salvación.

Que María, que junto con las mujeres ha seguido a Jesús en la vía de la Cruz y a la que encontraremos en el Calvario, sea nuestro modelo en esta donación de nosotros mismos: que nos ayude a comprender el valor de nuestro sufrimiento y a ofrecerlo al Padre en unión con el de Cristo.

La adoración de la Cruz

La figura de la cruz es el símbolo del cristianismo. Jesucristo fue sacrificado en una cruz para redimir y salvar a la humanidad entera. De ahí que este signo sea todo un universo de significados y el más representativo para los creyentes. La tradición dice que el emperador Constantino, quien era hijo de la que después sería Santa Elena, empleó por primera vez el símbolo de la cruz, pues cuando esperaba tener una batalla con el emperador romano Magencio, soñó que en el cielo se le aparecía una cruz con las palabras: *“Con este signo vencerás”*. Constantino hace caso de su sueño, manda poner el símbolo en los escudos de sus soldados y en su estandarte, creyendo que con esto obtendría la victoria por ayuda divina. De esta manera Constantino se convierte al cristianismo en el año 313 en la ciudad de Milán, firmando el famoso decreto llamado el Edicto de Milán reconociendo a los cristianos y otorgándoles la libertad para que puedan ejercer su culto.

La cruz latina es el símbolo de la redención de toda la humanidad, realizada a través de la muerte de Cristo. Dios clavado en la cruz significa el supremo sacrificio para la salvación de las almas y es la base de la religión cristiana, pues sin el sacrificio del Hijo de Dios, no hubiera sido posible lograr la redención.

La cruz, entonces, es el gran símbolo cristiana y está llena de grandes significaciones místicas. Muchos templos se construyen en forma de cruz, para que el cristiano esté **“dentro”** de Cristo, inmerso en su presencia mística por medio de la planta cruciforme.

La cruz es la más esplendorosa revelación de la justicia divina. Más también es el signo de la misericordia y el instrumento de la gracia.

Es el verdadero árbol de la vida plantado en medio del mundo. Lleva suspendido de sus ramas el fruto rojo que da la vida a todos los pueblos; de él manan torrentes de gracias sobre la tierra para lavar sus crímenes y convertirla en un paraíso. Fuera de este signo no hay gracia ni salvación. La cruz finalmente se levanta como el gran estandarte de Dios; es justo pues que la adoremos el Viernes Santo dentro de nuestra liturgia con los mismos sentimientos con que María y los discípulos del Salvador la contemplaron por vez primera.

El Sermón de las siete palabras

El Viernes Santo después del Vía Crucis, existe la costumbre de meditar sobre las siete últimas palabras de Jesús en la cruz:

“Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”: Cristo se olvida de su sufrimiento y le pide a su padre el perdón para los que le clavaron en la cruz, para quiénes decidieron su muerte, pide por sus enemigos.

Pone en práctica lo que tantas veces había predicado: amar a los enemigos. Hay que agradecer a Cristo que en estos momentos tan duros para Él, sea capaz de enseñarnos una vez más la lección del perdón.

“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”: sobre la colina del Calvario las tres cruces parecen iguales. Hay tres hombres en su cruz: uno que otorga la salvación que es Cristo, otro que la recibe y otro que la desprecia. Lo que salvó al buen ladrón fue su apertura de corazón y su fe en Cristo. Hay que aprender de la actitud de este hombre que confiaba plenamente en Cristo aún viendo como todos lo condenan.

“Mujer he ahí a tu Hijo; hijo he aquí a tu Madre”: en este instante Cristo nos da lo más valioso que tiene: su Madre. Así María es Madre de todos los hombres y mediadora nuestra. Jesús hasta el último momento piensa en nosotros.

“Dios mío Dios mío, ¿ por qué me has abandonado ?”: en ese momento Cristo está cargando sobre sí con nuestros pecados y nos está alcanzando el perdón, por eso el Padre le permite sentir la soledad que sentimos cuando pecamos, lo que lo lleva a sentirse abandonado.

“Tengo sed”: Jesucristo aparte de tener sed física, siente la necesidad de personas que le comprendan y le apoyen en su misión.

“Todo está consumado”: Cristo ha cumplido fielmente todo lo que el Padre le pidió. Hay que dar lo mejor de nosotros en todo momento para que al final de nuestra vida podamos decir esta frase que salió de la boca de Cristo con tanta seguridad.

“En tus manos encomiendo mi espíritu”: después de haberlo hecho todo por amor, Cristo encomienda su alma al Padre, así igualmente nosotros debemos confiarnos en las manos de Dios nuestro Padre en cualquier situación de la vida.

La procesión del silencio

La procesión del silencio es una oportunidad para evangelizar y ser evangelizados. Para seguir a Cristo y responder a nuestra responsabilidad, nos reunimos en la Iglesia para vivir, celebrar y proclamar la fe resolviendo los problemas de la vida humana a la luz del Evangelio.

En la procesión del silencio se trata de dar testimonio de nuestra fe en Jesucristo muerto y resucitado por amor a nosotros. Para ello, se necesita recogimiento interior, oración, conciencia de lo que se vive, silencio, penitencia por amor.

Esta procesión del silencio tuvo su origen en España, pero es celebrada a lo largo de la República Mexicana como una de las formas penitenciales que han existido siempre en la Iglesia y en México.

Sentido de peregrinación y purificación; entre en la pedagogía de la fe, como un sentido de interiorización de la penitencia y oración propios del cristiano en un recorrido hacia el Padre.

Quien participa exteriormente, espectador de la fe, ha de ser motivado a un cambio de mentalidad, llevándolo a un momento de reflexión y meditación, para sentir en carne propia los misterios de la Pascua del Señor.

Es una manifestación penitencial de acompañamiento en la soledad de la Madre y donde el dolor y el sufrimiento toman su máxima expresión, y donde el corazón humano comparte con María, el camino del Calvario, lleno de esperanza y fortalecimiento en la fe; en profundo sentido de arrepentimiento, desagravio, consuelo y participación de la fe como la mejor disposición para vivir la esperanza en la futura resurrección.

Esta procesión se lleva a cabo caminando por las calles en completo silencio y visitando diferentes lugares donde se encuentran diversas imágenes.